
Nacionalismo, soberanía y ética

Salvador Abascal Carranza



“La Nación es una realidad viva, con tradición propia varias veces secular, con unidad que supera toda división en parcialidades, clases o grupos, y con un claro destino”. (Principios de Doctrina del Partido Acción Nacional, 1939).

Nación, del latín *nasci*, nacer, ocupa y transforma la expresión griega, anterior a la romana, de *ethnos*, *polis* y *patris* que implicaba la afinidad, políticamente neutra, de lengua y de cultura. Eso explica el surgimiento de la Ciudad Estado como orden político, portador de valor en una comunidad circunscrita a los ciudadanos.

Las fuentes latinas llaman *natio* a la diosa del nacimiento, pero también a los pueblos autóctonos. El griego bíblico distingue entre las naciones (paganas) y la comunidad de los creyentes. En San Agustín, se renueva la idea de *patria* como herencia clásica de las libertades cívicas y el estatuto jurídico romano de *persona*, y se desarrolla el concepto de cuerpo místico como unidad espiritual trascendente. Hacia el 1100, en Occidente, el término nación se aplica a la nobleza, por dinastía u orden genealógico (origen familiar), pero también a los diversos representantes de los distintos órdenes de gobierno.

Como herencia de la cultura greco-romana, el concepto de nación se vuelve a aplicar en la baja Edad Media, cuando en las universidades europeas, especialmente en la de París, aparecen las uniones escolares conformadas por los estudiantes y conocidas como *naciones*, (*nationi*) que hacen referencia a su lugar de nacimiento, pero a su vez integradas por un fin común, más allá de las diferencias de origen o de cultura. Las naciones representaban a la universidad entera y, por lo mismo, tenían la facultad de nombrar al rector. La *universitas* se asume así como el crisol de la universalidad, tanto del pensamiento como del conjunto de estudiantes y profesores que afluyen de todos los países. De esta manera, se distinguen los normandos, los picardos, los ingleses, los sajones, etcétera, según provinieran de Normandía, de Picardía, de Inglaterra o de Sajonia.

La lección más importante que nos deja este episodio de la historia, es la de la extraordinaria conjunción de voluntades y de inteligencias que, en la búsqueda sincera de la verdad, dio origen a una de las instituciones más importantes de la cultura humana: la Universidad. Los conceptos de nación y de universalidad van de la mano. La identidad nacional no está reñida con la visión comprensiva de todo lo humano. El extranjero (el extraño) deja de serlo cuando se le identifica, no por su origen nacional, sino por su dignidad de persona. “Se alcanzará probablemente una tolerancia generalizada, si se deja en paz lo que constituye la particularidad de los diferentes individuos humanos y de los diferentes pueblos, y uno se convence de que la característica distintiva de lo que es realmente meritorio, reside en su pertenencia a toda la humanidad”.¹

A finales del siglo XVIII, como consecuencia de la Revolución Francesa, se crea la “Asamblea Nacional”. “La nación –escribe Sièyes– es un cuerpo de asociados que viven bajo una ley común y que son representados por la misma legislatura.”² Se transforma, de esta manera, el concepto roussoniano de “soberanía del pue-

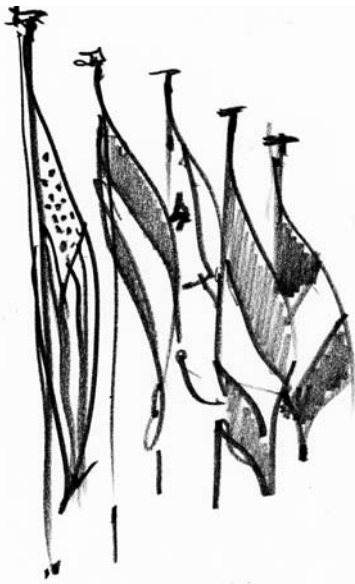


blo” a “soberanía nacional”. Esto significa que la soberanía nacional tiene como finalidad, teórica y práctica, dotar al Estado de una base jurídica. En otros términos, el Estado es la expresión jurídica de la nación. Si bien es cierto que el Estado-nación debe contar con bases jurídicas sólidas, sustentadas en la voluntad popular, esto no es suficiente para la vida armoniosa de la sociedad ni para la construcción del bien común, que es el fin último de la política. Joseph de Maistre ya advertía a sus compatriotas de los peligros que corría Francia y denuncia, solemnemente, “el dogma fatal y absurdo de la soberanía nacional”, desprovisto de toda consideración de orden moral.

A mediados del siglo XIX, el concepto de nación como comunidad autónoma se rodea de un aura romántica, cálida y fácilmente aceptada por la sociedad, al concebirla como “la primavera de los pueblos”. En esta época, la nación se identifica con la unificación del mercado interior, la crítica de los estados multinacionales y la soberanía del Estado unitario y omnipresente. El poder de seducción que ejerce la idea de “el alma de los pueblos”, o *Volksgeist*, según la expresión de Hegel, que se repite en fórmulas igualmente atractivas como la de Bodin: “el genio de los pueblos”, o la de Rousseau: “el espíritu general”, van conformando un discurso na-

¹ Goethe, *Écrits sur l'Art*, Gallimard, 1987, p. 52.

² Sièyes, *Qu'est-ce que le Tiers État?* Presses Universitaires de France, Paris, 1992, p. 54.



cionalista que tendrá funestas consecuencias durante la segunda mitad del siglo XIX, pero especialmente en el siglo XX.

Sin embargo, la determinación de una “esencia nacional”, que establezca la identidad definida por un mismo origen y una misma tradición, resulta hoy obsoleta. No es la comunidad orgánica de sangre y de suelo o de costumbres y de historia, lo que somete a su ley los comportamientos individuales, sino que lo que forma las naciones es la congregación voluntaria de las personas. “Una nación es, por consiguiente, una gran solidaridad constituida por el conocimiento de los sacrificios que se han hecho y de los que se está dispuesto a hacer. Supone un pasado: se resume, sin embargo, en el presente por un hecho tangible: el consenso, el deseo claramente expresado de continuar la vida en común. La existencia de una nación es un plebiscito cotidiano”.³

La verdadera esencia de una nación está constituida por la manera de compartir un postulado ético: el de la solidaridad. Es el único modo como el discurso nacionalista tenga algún sentido. No se trata de una solidaridad que mire solamente hacia adentro de la nación, sino una

solidaridad a la vez histórica –intergeneracional– y universal. La responsabilidad solidaria exige ciertamente el respeto de las diferencias, tanto las internas como las externas, pero sobre todo una actitud generosa (subsidiaria), generadora de una conciencia social ética. “Lo que diferencia a las naciones no es la raza ni la lengua. Los hombres sienten en su corazón que son un mismo pueblo cuando tienen una comunidad de ideas, de intereses, de afectos, de recuerdos y de esperanzas. Eso es lo que constituye la patria [...] la patria es lo que uno ama”.⁴

Desde la cultura clásica greco-romana hasta nuestros días, pasando necesariamente por el cristianismo, si lo entendemos como el primer gran impulso de la mundialización, casi todos los pueblos de la tierra están imbricados en un entrelazamiento de procesos de comunicación y de enriquecimiento intercultural, que transmite valores, costumbres, conocimientos, lenguas y pautas de conducta, que sirven para intercambiar experiencias, adaptarse y responder a los cambios de la sociedad. La patria, todas las patrias, se han formado por ese formidable impulso que tiene el ser humano de encontrarse con sus semejantes. “*La patria de un hombre razonable* –decía Demócrito– *es el mundo.*”

Por su parte, Goethe nos dice que “Como hombre, como ciudadano, el poeta amará a su patria; pero la patria de su fuerza y de su acción poéticas son la Bondad, la Nobleza, la Belleza, que no están ligadas a ninguna provincia especial, a ningún país en particular que él toma y forma allí donde los encuentra”.⁵ El Estado moderno de la posguerra es, en Occidente de manera notable, un estado ético, porque por primera vez se está en camino de conseguir un encuentro feliz –una *reconciliación*– entre los intereses de las personas y los de la colectividad, entre el Estado-nación y la comunidad internacional. La gestión del bien común tiene, entre otras virtudes, la de que garantiza la solidaridad intranacional y que debe tender, de manera progresiva, a la solidaridad internacional.

³ Renan, *Qu'est-ce qu'une Nation?* Oeuvres Complètes, Tome I. Calmann-Lévy, Paris 1959, p. 904.

⁴ Fustel de Coulanges, *Le Nationalisme Française*, Seuil, Coll. Points, Paris, 1986, p. 65.

⁵ Goethe, *Op. Cit.*, p. 50

Todas las naciones han sido y son el producto de las migraciones, de conquistas, de mezclas interraciales, que generan nuevas formas culturales o mosaicos de culturas que han llegado a convivir, al decir de Husserl, en una “comunidad intersubjetiva”. El nacionalismo tiene razón de ser en cuanto consigue esa primera reconciliación ética que supone el fin de una opresión exterior. Pero una vez lograda, tiene que transformarse en exigencia de solidaridad. De aquí se deduce que el nacionalismo, tan pronto como consigue existir, pierde la razón de existir, so pena de convertirse en sentimiento xenofóbico de discriminación, de superioridad racial, religiosa, cultural u otra, o todas juntas.

La nación empieza a ser considerada entonces como una herencia cultural común, independiente de los avatares de la historia, y como una fuerza de regeneración y de solidaridad, que es capaz de poner fin a los egoísmos y divisiones internas. Esta nueva forma de organización representa una unidad natural (a pesar y por encima de las también naturales diferencias), que requiere un Estado como referente de su continuidad y garante de la paz, el orden y la prosperidad. El Estado en cuestión no es la suma de los egoísmos individuales ni el brazo político de un grupo social determinado, sino el gerente del bien común.

El Nacionalismo

A pesar de los innegables avances que en la comunidad internacional observamos en las últimas décadas, en materia de integración económica y solución pacífica de los conflictos, el nacionalismo sigue siendo una amenaza, a veces latente, otras más visible y peligrosa, para mantener el frágil equilibrio entre los intereses legítimos de los pueblos y las ambiciones personales de quienes los gobiernan.

A la cultura nacionalista se le indigesta la pluralidad y la diferencia o, peor aún, invoca la diferencia para negarla más decididamente. Siempre está en contra de alguien o de algo. Si ese otro le niega al nacionalista su particularidad, razón tiene en defenderla, pero si la defiende negando otras, el resultado es el tribalismo. La

identidad nacional es un valor que necesita ser reconocido, pero no absolutizado. “La pretensión de instalarse en un microcosmos autosuficiente lleva al aislamiento exterior, a una acentuación del atraso respecto a culturas más dinámicas e innovadoras, a atribuir un valor añadido a productos culturales mediocres (por la manía que se tiene de tener producción autóctona de todo), al abandono de sectores culturales enteros y a la marginación de nuevas tendencias y experimentos”.⁶

El Estado debe promover ciertos principios en función del interés nacional, pero no debe quedar preso de la embriaguez que produce la exaltación del *volksgeist*, que ve amenazas y enemigos en todo lo que no sea su radical identidad. En nombre de su profunda esencia, el nacionalismo hace la guerra a quienes considera pueden despojarlo de su propio destino, raza, cultura o bienes materiales. Esa guerra no distingue entre propios y extraños; es producto de una especie de odio orgánico hacia el sistema adverso, o hacia el imaginario enemigo. Los nacionalistas son los dueños –dice Barrès– de un antiguo cementerio y desean hacer valer esa herencia indivisa.

Los nacionalismos han sido a través de la historia, sobre todo la de los últimos siglos, fuente del mayor sufrimiento por la destrucción de vidas humanas. Los nacionalismos son “*el explosivo más peligroso de los tiempos modernos*”.⁷ Julien Benda, a propósito de caso Dreyfus, dice que los nacionalismos “*corren el peligro de conducir a la guerra más total y más perfecta que jamás haya visto el mundo.*” Y el mundo la vio.

Los nacionalismos así concebidos, se han constituido en una cárcel cultural, de la que muchos políticos y autores han extraído esa especie de romanticismo, por el que se pretende conformar la identidad personal a la identidad colectiva, invocando las leyes de la herencia y el privilegio de la antigüedad. **B**

⁶ Colomer, Joseph M. *Contra los Nacionalismos*, Anagrama, Barcelona, 1984, p. 70.

⁷ Talmon, J. L. “Herder et la Mentalité Allemande”, en *Destin d'Israël*, Calman-Lévy, Paris, 1974, p. 224.